

# Instantáneas de Cortázar

Tomás Eloy Martínez

A mediados de los años cincuenta, Julio Cortázar instaló el sabor de la libertad y de la utopía en una América Latina resignada a los cerrojos de la opresión y de la vida gris y mantuvo esa herencia en alto hasta el final, cuando murió como había vivido, apartado de los relámpagos del periodismo y apegado a unas pocas posesiones felices. Me dicen que junto a él había, en aquel tránsito silencioso, sólo un libro con los poemas de Rubén Darío, que había sido su amor de toda la vida, y un ramo de flores enviado por las Madres de Plaza de Mayo. Hasta en esos detalles ínfimos del último día, Julio seguía siendo Julio.

Hay ciertos autores que irradian una luz irresistible, y él era uno de los mayores. Advirtió antes que nadie, ya en 1960, el cambio de vientos que se avecinaba en las costumbres, en la literatura y en la política. Sintió la claridad de la subversión que se venía y salió a su encuentro. Las primeras andanzas de los hippies, las escrituras de Jack Kerouac y de los surrealistas tardíos, el cine de Buñuel y de Fellini, la música de Charlie Parker y de Astor Piazzolla, instalaron en su obra una libertad —que tantos imitadores confundieron con facilidad— de la que toda mi generación es tributaria. Habíamos aprendido de Borges el lujo de la escritura inteligente y del vaivén entre la ficción y la realidad. Pero también recibimos de Borges el mandato —que en Borges podía derivar en malabarismos narrativos asombrosos pero que en los demás resultaba patético, irrisorio— de que los argentinos éramos pudorosos y reticentes, cuando la vida de todos los días proclamaba a gritos lo contrario.

Por Cortázar supimos que se debía desobedecer ese mandato y trastocar todos los órdenes del lenguaje.



A los dos años, Suiza, 1916

Nunca olvidaré el pasmo con que leí, en 1960, un cuento que comenzaba: “Si se pudiera decir: yo vieron subir la luna, o: nos me duele el fondo de los ojos, y sobre todo así: tú la mujer rubia eran las nubes que siguen corriendo delante de mis tus sus nuestros vuestros sus rostros. Qué diablos”.

Pasmo aunque sus lectores fieles sabíamos que la palabra rostro le parecía afectada, pasmo porque estaba saliéndose de los límites con una audacia formal que sólo

habíamos visto en Faulkner o en el secreto Raymond Roussel, pero en ningún otro argentino que yo conociera, ni siquiera en el audaz Macedonio Fernández.

A partir de Cortázar, cambió la vida de los argentinos, aun la de aquellos que ni siquiera habían oído hablar de él. A través de los jóvenes, que lo leían con una devoción superior a la que habían sentido los abuelos leyendo a Verne o a Dumas, su mirada se irradió sobre el país entero, y más allá. En un polvoriento rincón de Cachi, al centro de los Valles Calchaquíes, mil trescientos kilómetros al noroeste de Buenos Aires, conocí a un trenzador de lazos que pasó un verano entero, en 1966, gozando con los cronopios y los famas. En un café de Suipacha y Santa Fe, una mañana de 1967, Gabriel García Márquez y yo vimos a una mujer que salía del mercado con una bolsa en la que un ejemplar de *Rayuela* asomaba la nariz entre las hortalizas.

Los más desventurados supieron, leyéndolo, que no sólo había un mundo mejor al otro lado de la realidad sino que también se podía ayudar a construirlo. Recuerdo que en aquella época, además, nadie se atrevía a apretar el tubo del dentífrico por el extremo más delgado ni a poner las estampillas en el lugar tradicional de los sobres.

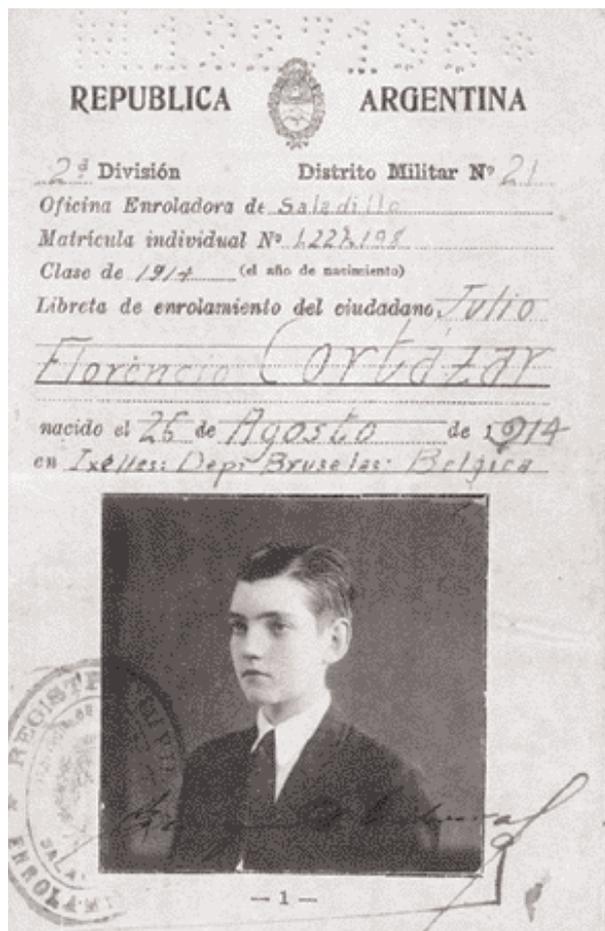
Cortázar se burlaba de esas cosas y nadie toleraba ser una copia en papel carbónico, como los miembros de la familia normal que él ubicaba en la calle Humboldt.

Desde el día en que el dictador Juan Carlos Onganía ordenó cortar el pelo a los varones que se lo dejaban hasta los hombros, y hubo una ceremonia de peluquería ritual frente al Instituto Di Tella de la calle Florida con dos víctimas propiciatorias, los pintores Deira y De la Vega, desde ese día, todos los que se sublevaban contra el poder se llamaron cronopios y todos los que siguieron la corriente del poder fueron famas.

No sé hasta qué punto se ha advertido también cuánto contribuyó Cortázar a romper con las convenciones del relato tradicional, no sólo estimulando todos los juegos que permite la lengua castellana, saltándose los muros de la lengua con una insistente falta de respeto, sino también estableciendo formas nuevas de leer y de narrar. Ahora, a cuarenta años de *Rayuela*, sigue llenándome de felicidad leer la novela en desorden, obedeciendo a la brújula que está al pie de los capítulos o al humor del momento. Otros han intentado repetir el juego, pero a nadie le ha salido tan bien. Sucede algo parecido con los collages de *Libro de Manuel* y las inserciones fotográficas de *La vuelta al día en ochenta mundos*, *Último round* y *Los astronautas en la cosmopista*, que todavía están dejando su resplandor en otros libros que llevan el nombre de otros autores.

Hace pocos meses, leí en la prensa norteamericana las últimas críticas admirativas sobre *On the Natural History of Destruction*, el libro póstumo de W. G. Sebald. Todas ellas se detienen a ponderar la inserción de muestras caligráficas y fotos reales o fingidas que cortan el texto y lo enriquecen con signos que no son los de la escritura. Aunque admiro a Sebald, admiro más a Cortázar, que lo hizo antes. Recuerdo muy bien el día en que Paco Porrúa me llamó por teléfono para preguntar si en los archivos de *Primera Plana* habría algún dibujo o fotografía de un cinturón de castidad, porque Cortázar los necesitaba para incluirlos en *Último round*. Tiempo después, cuando vi el cinturón en el libro que editó Siglo XXI, estaba transfigurado en una sucesión de fotos que jugaban a las adivinanzas con el lector. Se veían una media de muselina y el cuadrilátero de muslo que se alzaba por arriba, varias correas transversales y, quizás, una nalga. El más anti-erótico de los objetos de represión cedía allí paso al más suelto y desmelenado de los erotismos. Antes de Sebald, Cortázar ya había ido más lejos que Sebald.

En una de nuestras conversaciones sin grabador de por medio, en un café del boulevard Saint-Michel, Cortázar dejó caer una reflexión —tal vez se la hiciera a sí mismo— que reverberó en mi memoria durante años: “¿Es posible para un escritor poner en una sola estructura, en la estructura de un cuento, por ejemplo, o



Página 1 de la libreta de enrolamiento del ciudadano Julio Florencio Cortázar, Saladillo, Provincia de Buenos Aires, 1933

de un poema, todo lo que sabe acerca de las demás artes: de la fotografía, de la música, de la pintura, del reportaje?”. Muchos años después leí la misma pregunta, aunque formulada de otra manera, en el prólogo de *Música para camaleones*, la admirable colección miscelánea de Truman Capote, y me sorprendí de que Julio siempre anduviera delante de su propio tiempo, sin llevarse jamás su tiempo por delante.

Lo conocí hace cuarenta años, cuando acababa de salir *Rayuela*. Si bien el libro no había sintonizado aún con el público clamoroso que tendría en 1965 y 1966, ya era una de esas novelas de culto que instalaban palabras infrecuentes en las conversaciones. En América Latina se hablaba entonces del “perseguidor”, de “los tabloneros” y de Rocamadour con tanta complicidad como de “A Hard Day’s Night” y de las otras canciones tempranas de los Beatles.

Me acuerdo muy bien de nuestro primer encuentro: fue en el vestíbulo mayor de la UNESCO, a las once de la mañana del 9 de setiembre de 1963. El dato preciso aparece en la carta a los lectores que el director del semanario *Primera Plana* de Buenos Aires escribió casi dos meses más tarde, cuando la revista le dedicó la portada, proclamándolo como “el más importante escritor argentino de estos tiempos”.

Yo había ido a París para entrevistarle y, a diferencia de lo que me ha sucedido en casi todas las demás ocasio-



La madre y la abuela de Julio Cortázar, Buenos Aires, ca. 1898



Con su madre, Austria, 1963

nes, me costó mucho entrar en confianza. Le tenía admiración, tembloroso respeto, y él me desarmó con su calidez y su llaneza, como si no le diera importancia a ser quien era.

Voy a incurrir en varios lugares comunes al narrar aquel encuentro inicial. Primero, la irreparable sorpresa de su apariencia física. Yo iba en busca de un hombre de cincuenta años, que eran los que él tenía entonces. En verdad, ya parecía haber alcanzado los cincuenta en la única foto que le conocía, publicada por la revista *Sur* en 1951, donde adopta un gesto adusto, serísimo, reforzado por unos anteojos de marco negro y por el pelo muy engominado. El que me saludó, en cambio, era alguien recién salido de la adolescencia, menor que yo. Creo que advirtió mi sobresalto y lo toleró, condescendiente. En un ejemplar de la revista *Arts*, que apareció por aquellos días, descubrí que otros compartían mi extrañeza. Al pie de un retrato nuevo de Cortázar, aparecía la siguiente leyenda: “Vean con atención esta foto. Fue tomada hace una semana. El muchachito de cara lampiña que ven ahí acaba de cumplir cincuenta años. Es inevitable pensar en *Dorian Gray*”.

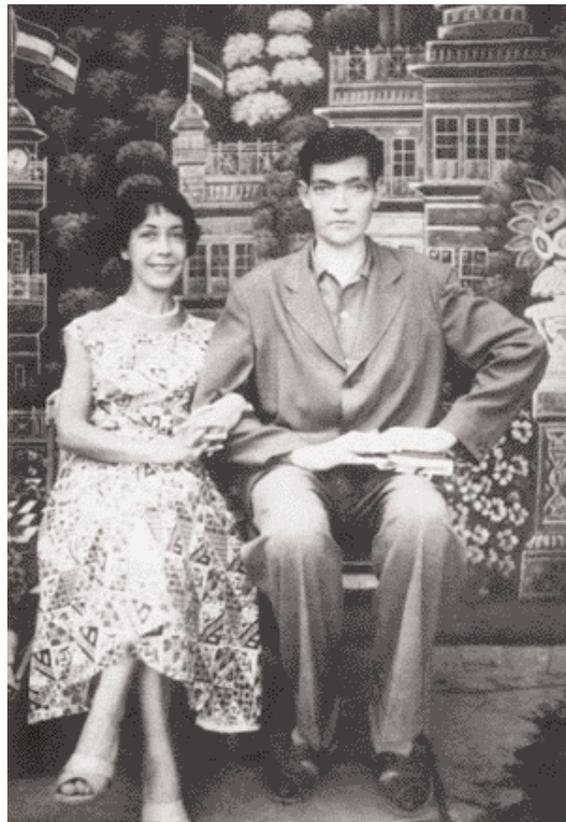
Durante los días que siguieron conversamos nueve, doce o tal vez más horas, en el café Deux Magots, en el comedor de la UNESCO y en el enorme altillo de su casa, junto a la plaza del General Beuret, donde tenía los libros, la máquina de escribir y el saxo que tocaba por las noches. Cuando volví a Buenos Aires, escribí un artículo admirativo que ocupó cinco páginas de la revista:

el más extenso que se había consagrado a un escritor.

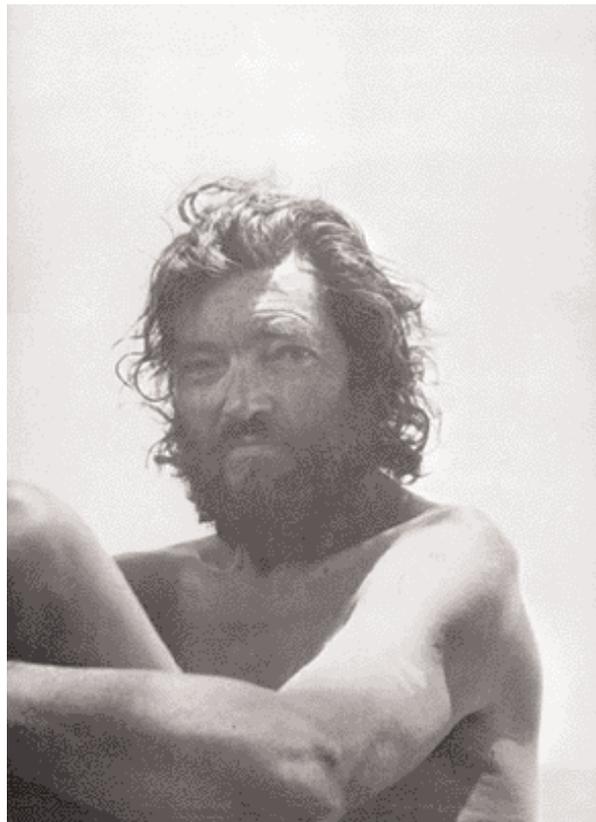
Vi a Cortázar varias veces más, entre 1967 y 1972 en París, y a mediados de 1978 en Caracas, en la casa de Manuel Sadosky, un matemático que había sido su condiscípulo del colegio secundario. En los intervalos, intercambiamos cartas afectuosas que aludían a la patafísica, a los poemas de Lezama Lima, a las fotos de Sara Facio y Alicia D’Amico y a las canciones de “Sergeant Pepper”. Sin embargo, la última vez que lo vi, la política estaba en el centro de todo: las revueltas sandinistas en la Nicaragua de Somoza, el destino de Cuba, la feroz dictadura de Videla y Massera a la que él combatió con todos los filos de su lenguaje.

Los sesenta fue una década dominada por los vientos estructuralistas. Muchos de nosotros tendíamos a pensar entonces que no había autor sino texto y que la literatura era un mecano de palabras. La literatura era en el fondo lo mórbido, lo enfermo, y Cortázar exhalaba salud: era como el revés de la teoría. En esos años de fetiches visuales, su gallarda figura de héroe escapado de las páginas de Julio Verne construía, sin que él se diera cuenta, un personaje nuevo en la escena latinoamericana: el de un Peter Pan a salvo de las conspiraciones del tiempo, alguien inmovilizado para siempre en una fotografía de juventud, como el cuerpo muerto del Ché en la batea de La Higuera. Nunca lo vi caerse por la pendiente de la solemnidad. Respiraba humor, locura, felicidad por vivir.

Me acuerdo de 1968. Era el 1° de mayo y yo andaba por la rue du Seine, en París, comprando muguetts



Con Aurora Bernárdez, en un bazar de la India



Guadalupe, 1981

con unos amigos. Encontré a Cortázar con los brazos llenos de flores, sentado al sol en un café. Si no fuera por la imponente estatura, me habría costado reconocerlo. Estaba tostado, su pelo era más brillante y tupido que cuatro años atrás y le había crecido, como por arte de magia, una barba espesa, oscura, que le desvanecía los signos adolescentes pero que (es extraño) acentuaba la incandescencia de su aspecto y lo hacía, otra vez, parecer treinta años más joven de lo que era.

Compartimos un *pastis* durante media hora. Me habló con entusiasmo de *62, modelo para armar*, novela a la que acababa de poner fin, y de Cuba, adonde estaba por viajar. Después supe que las revueltas estudiantiles de aquel mes lo habían retenido en París, que se había desvelado con los estudiantes escribiendo *grafitti* en el Teatro del Odeón y en los muros de la Universidad de Nanterre, y que seguía escribiendo, para variar, a todas horas, como si la alegría del mundo dependiera de sus palabras, lo que en parte era así.

Volvió a Buenos Aires antes de morir, con la esperanza de que la Argentina se lavara de sus ominosas cenizas dictatoriales y de que los desaparecidos encontraran justicia. Quienes lo vieron en aquellos días jubilosos han contado que, si bien ya estaba herido de muerte y lo sabía, desplegaba uno de esos optimismos que dura toda la eternidad. Los jóvenes lo reconocían cuando caminaba por la calle Corrientes, las Madres de Plaza de Mayo velaron sus recuerdos junto a él un par de jueves, en sus rondas de súplica por los desaparecidos, y el

público del Teatro Abierto lo aplaudió de pie durante diez minutos que lo hicieron llorar. Pero, aunque jefes de gobierno como el español Felipe González, el francés François Mitterrand y el colombiano Belisario Betancourt estaban orgullosos de ser sus amigos, nunca logró la audiencia de media hora que había pedido con el presidente argentino Raúl Alfonsín. Regresó a París sin poder verlo. Resignado a ese otro portazo del poder, la noche antes de su partida le envió un mensaje a Alfonsín a través de un amigo: “Mandá un abrazo”, dijo. “Ojalá que todo le salga bien.”

Ahora, en mi país, se preparan homenajes en la placita de Palermo que lleva su nombre y el gobierno de la ciudad de Buenos Aires está por abrir el Año Cortázar, pero Julio se fue de su ciudad sin saber esas cosas, con una congoja que todavía está en el aire.

Tal como suponía Sartre, todos los intelectuales viven dudando entre ser fieles a lo que ellos quieren hacer con su época o a lo que su época quiere hacer con ellos. En Cortázar se daban los dos prodigios: el de un oído finísimo al que no se le escapaba el menor diapasón de la historia, y el de un talento tan vivo como para cambiar la vida de los demás con lo que escribía. En la Argentina al menos, y quiero creer que también en otras partes, él fue su época, con la misma fuerza con que Carlos Gardel fue los años veinte. Los lectores pasan y Cortázar sigue escribiendo mejor cada día. Pronto va a cumplir noventa años, pero todavía es un adolescente que, como los dioses, está destinado a no morir.



1934 - 2004

FONDO DE CULTURA  
ECONÓMICA

- » Un nuevo título cada dos días
- » Más de 9 mil títulos publicados
- » Más de 3 mil autores
- » Más de 90 millones de ejemplares
- » 9 filiales
- » 21 librerías

Letras sin fronteras

[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)